

Días en el microscopio

Dietario. J. A. González ejerce en 'La vida pequeña' de entomólogo sutil: anota detalles, recuenta latidos, caza emociones

JORGE ALACID

El lector de fondo echará de menos que J. A. González (Soria, 1956) se resista a entregar a la imprenta el fruto de sus creaciones con una frecuencia superior. Y lo añoraría especialmente quien, luego de atravesar sus deslumbrantes 'El viento en las hojas' y 'Ojos que no ven', concluyera que en su prosa habitaba una genuina inclinación hacia el mundo del dietario, el propio de su último libro, 'La vida pequeña'. Un volumen alejado del tono habitual en este género (la tendencia al ombliguismo) porque domina sus páginas el atributo central que también sirve como espinazo para su obra novelística: su asombro ante el mundo. La au-



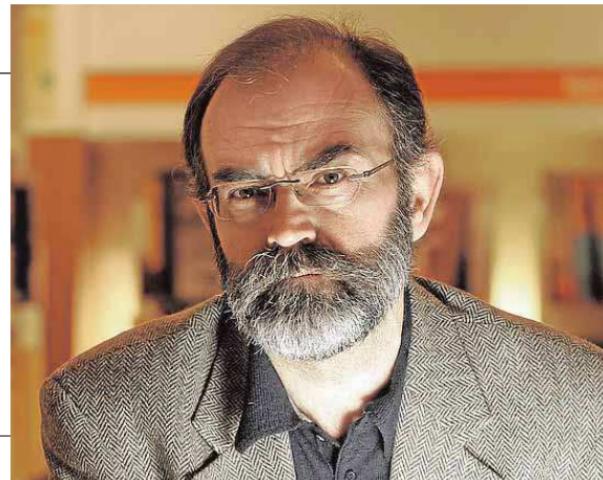
LA VIDA PEQUEÑA

J. A. GONZÁLEZ SAINZ

Ed.: Anagrama. 208 páginas.

Precio: 17,90 euros

tenticidad de su escritura, estilizada según aquel camino de perfección que Juan Benet demandaba a Pío Baroja: podar el castellano hasta alcanzar su tuétano.



El escritor soriano J. A. González. EFE

Barojiano él mismo, González encuentra en el relato minucioso de su vida desapasionada (aunque emotiva: una emoción fría que haría feliz a don Pío) una declinación de su estilo que ingresa con 'La vida pequeña' en una nueva frontera. La sutileza con que participa de sus cavilaciones evoca a Montaigne aunque habrá que citar aquí a Nabokov: como el maestro ruso, nuestro hombre también ejerce de entomólogo. Cazamariposas en ristre, va capturando detalles que reconstruyen una perplejidad compartida, los latidos donde anida el misterio

de vivir. Un ejercicio de memoria que se beneficia del uso inteligente del microscopio, cuyo foco calibra el autor para que cada pieza cobrada diga lo que tuviera que decir. El mosaico final, el mágico retablo que opera como el manual de instrucciones que ninguna vida trae consigo, dispone de una esclarecedora clave de arco, esas líneas desde las que defiende «una realidad de la que estamos siendo desposeídos por el exceso de fantasмагoría y el ruidoso moscardoneo de la palabrería». El ruido que González Sainz derrota con su hermosa y silenciosa obra.